

El sistema literario mexiquense



A partir de 1981, junto con la expansión del término *mexiquense*, se ha desarrollado la literatura también reflejada en ese gentilicio. Recuérdese que si bien la formación de dicho vocablo data de finales de los años sesenta, no empezó a usarse a nivel colectivo sino cuando fue impulsado por la administración del gobernador Alfredo del Mazo González (Sánchez Arteché, 1995: 25-37).

Así, las expresiones literarias contemporáneas en el entorno del Estado de México y la política oficial de promoción de lo “mexiquense” como elemento de identidad para los habitantes de esta entidad federativa son fenómenos distintos, pero que se encuentran vinculados cultural y socialmente.

En este marco, el propósito del presente artículo es exponer cómo la literatura mexiquense, es decir, la creada desde el Estado de México en las dos últimas décadas del siglo xx y la primera del siglo xxi, ha llegado a constituirse como un sistema literario, perspectiva que facilitará el estudio sistemático de un amplio y creciente *corpus* de obras.

El concepto de sistema literario fue elaborado por el estudioso brasileño Antonio Candido, que lo describe como un proceso, más histórico que estético, dentro del cual se articulan los componentes constitutivos de la actividad literaria regular, a saber:

- los autores que forman un conjunto virtual;
- los “vehículos” que hacen posible la relación entre estos autores, con lo que se define una “vida literaria”; esto es, los públicos, sean reducidos o amplios, cuya capacidad de leer u oír las obras permite la circulación y actuación de éstas, así como;
- la tradición, en la que se reconoce a las obras y los autores precedentes, que funcionan “como ejemplo o justificación de aquello que se quiere hacer, aunque sea para rechazarlo” (Candido, 2005: 19).

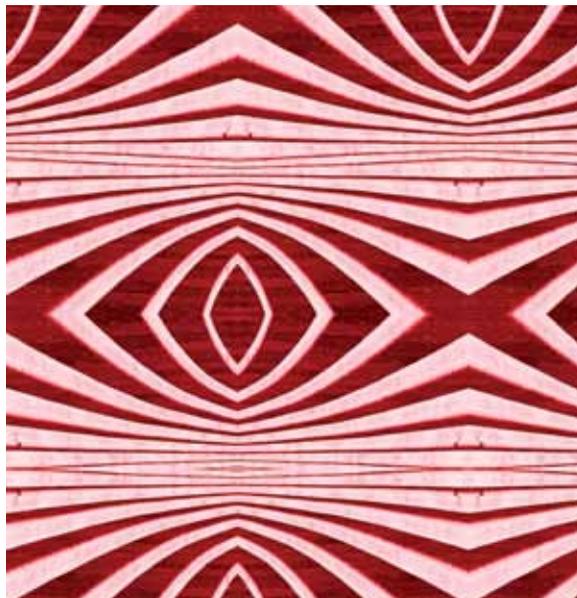
De acuerdo con la propuesta de Antonio Candido, la formación de un sistema literario abarca tres fases: la primera, de expresión de las manifestaciones literarias; la segunda, de configuración del sistema, y una tercera que postula su consolidación (2005: 19).

Este esquema puede aplicarse al analizar las expresiones literarias contemporáneas en el Estado de México: existe una tradición que se formó desde mediados del siglo pasado hasta la década de los setenta; un periodo de configuración, registrado entre la década de los años ochenta del siglo pasado y el primer lustro del siglo actual, y una etapa de consolidación, que apenas se ha iniciado, luego de 2006.

En cuanto a la etapa de las manifestaciones literarias, donde se identifica la tradición dentro del sistema literario mexiquense, sobresalen dos grupos: Letras y tunAstral, así como tres escritores fundamentales: Josué Mirlo, Carmen Rosenzweig y Rodolfo García.

En lo que toca al grupo Letras, visto hacia atrás, resulta demasiado heterogéneo al haberse mezclado en él autores, educadores y bibliófilos, pero también políticos y burócratas (Osorio, 1990: 29-34). Abiertamente se dedicó al rescate de figuras históricas como Ignacio Ramírez o la poeta Laura Méndez de Cuenca, con conferencias y ediciones de folletos en los que se destacaba su trayectoria.

En su nómina participaron personajes como el educador y narrador Guillermo Ménez Servín,¹ Gustavo G.



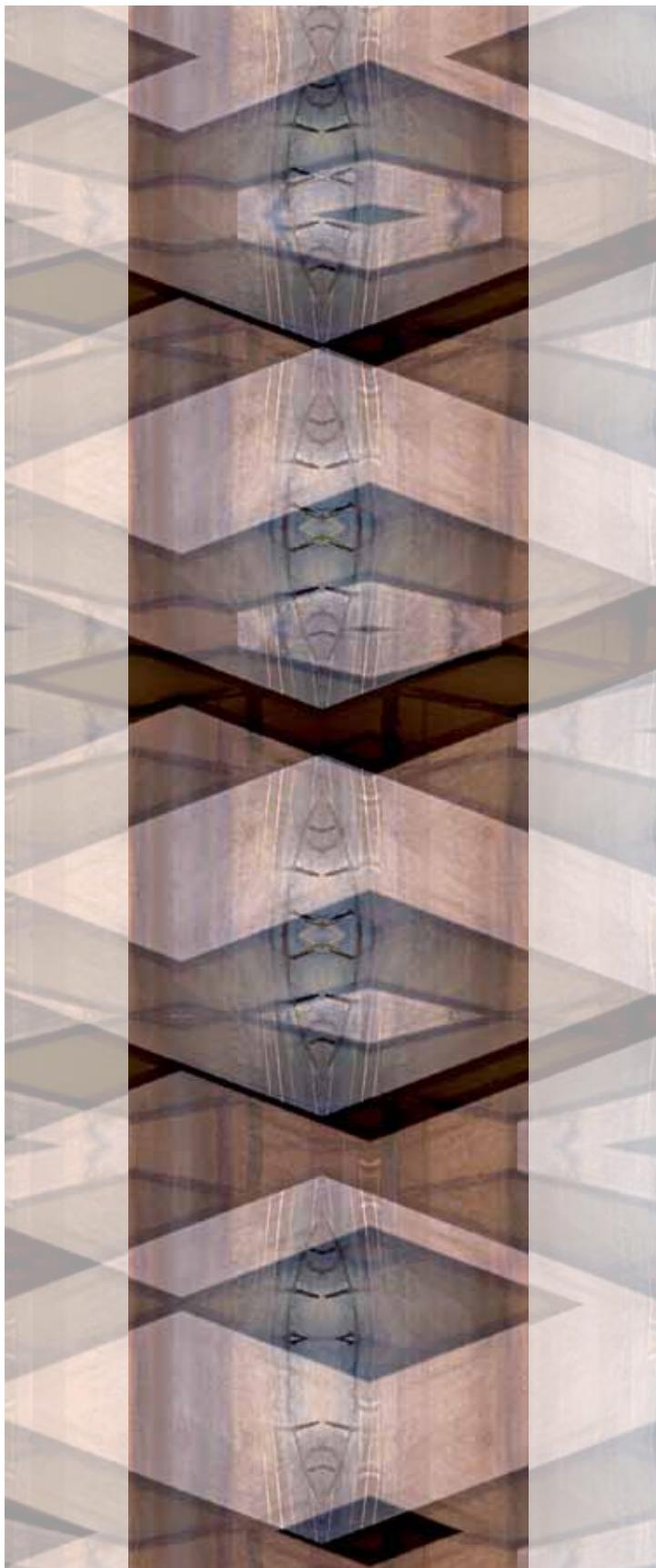
Velázquez –uno de los pioneros de la investigación histórica en el Estado de México contemporáneo–, el citado Josué Mirlo, el escritor Moisés Ocádiz López, el pintor chileno Orlando Silva Pulgar, Carlos Hank González, el bibliófilo Gonzalo Pérez Gómez y el cronista y narrador Rodolfo García Gutiérrez.²

El mérito de Letras es no sólo haberse conformado como grupo, sino, como se pondera en el ensayo *Batalla por el eco* de Eduardo Osorio, destacaron su propuesta de impulsar “la independencia del escritor frente al proyecto oficial de cultura”, así como sentar “precedentes para que el Estado considere en sus programas a los movimientos que no se encuentran integrados orgánicamente” e influir “para que el gobierno asuma como suyas propuestas del grupo respecto a la acción social en la cultura” (1990: 36-37).

Dado que el factor esencial del sistema literario es, con Candido, la articulación entre sus componentes, hay que resaltar que el autor más sobresaliente de Letras, el poeta Josué Mirlo (1901-1968), fue el vaso comunicante con el siguiente grupo que integró la etapa de la tradición: tunAstral, con el subrayado de que

Ignacio Manuel Altamirano 2007, convocado por la UAEM. Hija del anterior es Elisena Ménez Sánchez, poeta que formó parte de la Unión de Escritores Mexiquenses (UEMAC) y que apenas alcanzaba la mayoría de edad cuando fue premiada como integrante de la quinta generación de becarios del Centro Toluqueño de Escritores por su libro *Carcaj de palabras* (1988). Es decir, hay una continuidad de tres generaciones de escritores en una misma familia.

2 Rodolfo García fue autor de las novelas *Margarita e Imagen del hombre* y de otros títulos sobre todo de crónicas. Él y Carmen Rosenzweig son dos casos evidentes del entreveramiento generacional por el que precursores del sistema literario mexiquense terminaron por mezclarse con los autores de las etapas siguientes.



este último tuvo una intención plena de modernización de la cultura en la zona centro del Estado de México.

No detallaré aquí la trayectoria de tunAstral, agrupación reconocida y todavía existente, acerca de la cual pueden revisarse sobre todo dos publicaciones: *Una bolsa de poemas llena de agujeros. tunAstral. Una revista de la tribu* (1964-1965) (2000) y *Una experiencia de promoción literaria: tunAstral 1991-2007. Memoria*, esta última de Margarita Monroy Herrera. Sin embargo, lo destacable es su postura de vanguardia, acorde con el tono de renovación cultural propio de los años sesenta.

Los miembros de tunAstral, de manera principal Roberto Fernández Iglesias, Carlos Olvera, Francisco Paniagua Gurría, Luis Antonio García Reyes y Alejandro Ariceaga, asumieron el reto de desarrollar una literatura universal desde el Estado de México. Por ello, no es gratuito que Sánchez Arteche los califique como “el ala radical de una generación que intentaba modernizar culturalmente a la ciudad [de Toluca]” (2000: LXVII).

tunAstral se planteó una pugna directa contra la cultura aldeana, de modo que se demostrara que desde la región centro del Estado de México era posible el desarrollo de una literatura de vanguardia. Encarnó, pues, el rompimiento con una tradición anquilosada, a la vez que buscó insertarse en espacios de cultura más amplios, como puede verificarse en una carta privada que Roberto Fernández Iglesias envió en noviembre de 1965 a otra integrante del grupo, Rosaluz Velázquez, en uno de cuyos segmentos se lee la

LA COLMENA 7, octubre-diciembre 2011



siguiente exhortación para que la poeta siga colaborando con tunAstral, así como un balance sobre lo que éste había logrado en esa etapa:

[Rosaluz:] Tus poemas son necesarios para nuestra supervivencia, no hagas caso a las críticas rancias que significan sobre todo reacción. Los muertos y los viejos hablan en signos parecidos, nosotros tenemos que inventarnos del todo, empezando por el lenguaje.

Ahora siento que nos vamos colando poco a poco. [Juan José] Arreola nos mandó llamar a pesar de que dice que somos demasiado revolucionarios y nos vamos al otro lado del burro. Que las estridencias se deben a un complejo de inferioridad por provincianos y por ellas pretendemos sobresalir. ¿Tú crees? Volviendo a nuestra colada al mundo de las mafias, nos empiezan a tener respeto y a dejar de tratar como niños y a ocultarnos secretos y contactos y cosas de ésas. Pero eso es bueno.

Para el año 66 haremos una BÚSQUEDA de camino en el arte y del grupo varios aspiraremos otra vez a la beca del Centro Mexicano de Escritores. Sin hacer barca a Arreola (Velázquez, 2005: 101-102).

Dentro de la etapa de las expresiones literarias se encuentran Carmen Rosenzweig (1925-2010) y Rodolfo García Gutiérrez (1920-2003), cuyas trayectorias permiten ejemplificar una característica del sistema literario mexiquense: el entreveramiento generacional. En un momento dado, autores de las tres distintas fases coincidieron en los mismos foros, agrupaciones gremiales y proyectos editoriales. Esto es, se mezclaron representantes de la fase inicial, de la configuración y aun de la consolidación del sistema literario.

Carmen Rosenzweig, quien en rigor realizó su carrera literaria en el Distrito Federal desde los años ochenta y noventa del siglo pasado, volvió a Toluca, donde le fueron publicadas la mayor parte de sus obras; mientras que Rodolfo García participó en iniciativas de gremialización como la Unión de Escritores Mexiquenses (UEMAC), además de seguir publicando libros hasta relativamente poco tiempo antes de su desaparición física. Otro caso singular sería el de Alejandro Ariceaga (1949-2004), articulado con representantes de las tres etapas, tanto en lo relacionado con su obra de creación como en el impulso que brindó al desarrollo de la literatura mexiquense, en cuanto trabajador de la cultura que fue.

Sirva Ariceaga para ilustrar lo que empezó a ocurrir en la literatura del Estado de México, la literatura mexiquense, a partir de los años ochenta:

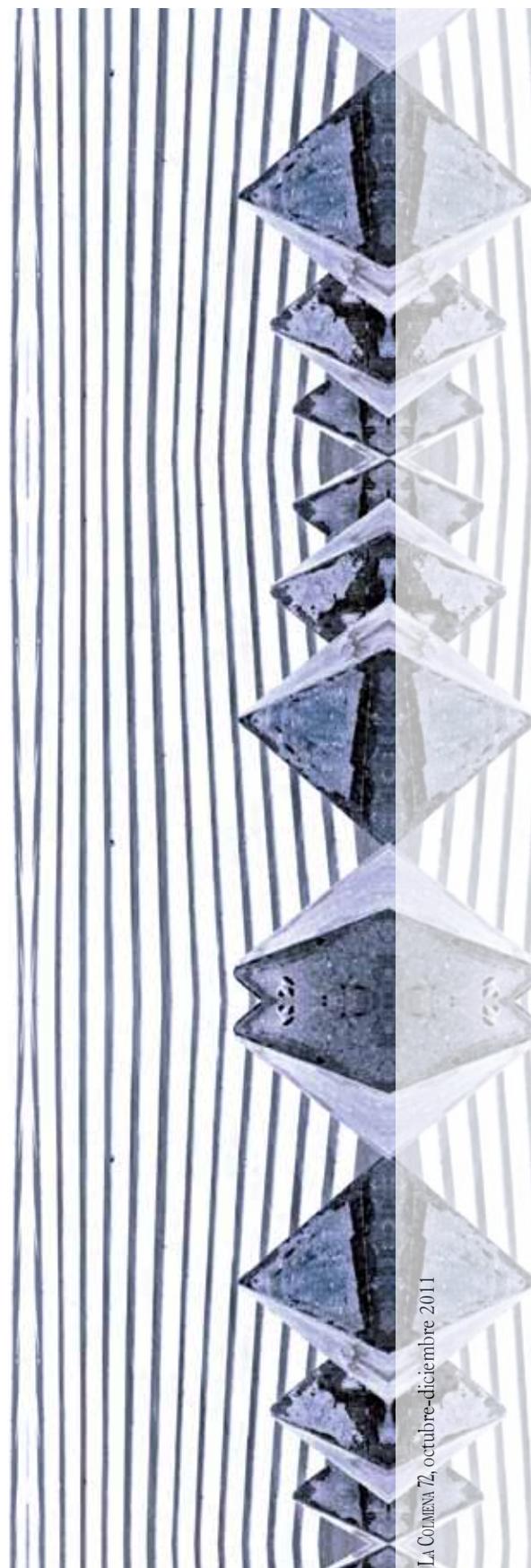
La creación literaria del Estado de México ha dado un descomunal salto del glifo al *microchip*. La nutren todas las filosofías de la vida ante una realidad de prisas y distancias, avances científicos y pérdida de valores, exploración del espacio sideral y anhelos de bienestar aquí en la tierra. Ahora no hay temas vedados ni se les tiene miedo a las palabras: el escritor se limita o vuela según su capacidad. Poetas y narradores quieren participar como testigos de su momento y hacen lo que les corresponde para preservar su herencia cultural. Nunca como en esta época se piensa en el futuro como entidad abstracta pero de advenimiento irremisible.

Por lo menos tres generaciones de creadores, provenientes de varias partes de México y otros países, comparten los mismos espacios culturales de la Universidad, el Estado, los municipios y los organismos particulares. Son trabajadores intelectuales cuyas edades van de los veinte a los setenta años de edad o más. Coinciden o difieren en su concepción de la literatura, los invaden menos o más fantasmas y tienen mayores o menores posibilidades para desplazarse como peces en el agua de la literatura. De cualquier manera se toleran unos a otros, o tienen que hacerlo: los unifica su condición de provincianos en el siglo que agoniza (Ariceaga, 1993, t. 1: 55-56).

El ambiente descrito por Ariceaga es el correspondiente a la segunda fase del sistema literario, la de su configuración, ya con una identidad explicitada en el gentilicio mexiquense. Se caracteriza, entre otros factores, por el registro de una abundante nómina de autores en todos los géneros: poesía, cuento, novela, ensayo, crónica, dramaturgia; asimismo, por la asunción de una postura gremial, de una conciencia que fue más allá de las obras individuales, hasta contar con una visión de conjunto en el ámbito estatal.

En la configuración del sistema tuvo lugar un proceso de maduración cultural, concretado en la variedad de propuestas literarias. En la década de los ochenta, en diferentes partes del estado se empezó a dar a conocer una buena cantidad de noveles autores, que optaron por ejercer su oficio desde el propio Estado de México.³ Para tal efecto, son tres las zonas donde se ubican

3 Alejandro Ariceaga describía así el ambiente cultural prevaleciente antes de la década de los ochenta: "Son años difíciles. Quien desea publicar poemas, textos, artículos, inquietudes literarias, tiene que aproximarse a las publicaciones que en el Estado de México son escasas, prescindir de un pago por su trabajo intelectual. Algunas instituciones ofrecen premios exigüos de vez en cuando. Esos jóvenes quieren leer toda la literatura que aparece a nivel nacional, quieren viajar para reafirmar la vocación de la palabra escrita, acaso tienen el sueño imposible de vivir de lo que escriben; pero la realidad económica, que no incluye a la literatura como bien de capital, les impide lograr esos ideales" (Ariceaga, 1993, t. 1: v).



LA COLMENA 7, octubre-diciembre 2011

las principales corrientes de la literatura mexiquense: Valle de Toluca, Nezahualcóyotl y Texcoco.

Se complementó esta inquietud creativa con la instauración de organismos y dependencias públicas en el área de la promoción cultural, entre las que destacaron el Centro Toluqueño de Escritores (CTE), en 1983, y el Instituto Mexiquense de Cultura (IMC), en 1987. No se puede soslayar que en instituciones académicas, como la Universidad Autónoma del Estado de México y la Universidad Autónoma Chapingo, se impulsó también la actividad editorial ya no dedicada de manera exclusiva a la producción de libros de texto, sino de creación, con obras de autores locales y de otras latitudes.

Otro factor fue el nuevo sistema de becas para creadores que, singularmente, funcionó primero constreñido al nivel municipal y luego al regional, en el Centro Toluqueño de Escritores y, a partir de 1989, en el esquema operado por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), que posteriormente tendría su réplica en un fondo estatal con los mismos fines de brindar apoyos pecuniarios a creadores en diversas disciplinas artísticas.

Lo anterior se dio con criterios centralistas, por lo que tendría que reconocerse la actitud de creadores de la zona oriente del estado, en específico del

municipio de Nezahualcóyotl, donde, a pesar de la carencia de apoyos editoriales o en la forma de becas, surgió una de las corrientes más fuertes de la literatura mexiquense (Ortiz y Villegas, 2008), con una condición particular: varios de los escritores de la zona vieron más fácil articularse con el medio cultural del Distrito Federal que con el del resto del Estado de México, aunque con el tiempo terminarían también vinculados con el entorno estatal.

Han sobresalido varios esfuerzos tendentes a una gremialización, entre los que puede incluirse a la citada UEMAC, ya desaparecida,⁴ al Yunque y al propio Centro Toluqueño de Escritores –nacido en una primera instancia como dependencia del Ayuntamiento de Toluca, transformado en asociación civil en 2002 y del cual han surgido autores como Félix Suárez, Alberto Chimal y Marco Aurelio Chávezmaya–; también debe mencionarse al renovado grupo cultural tunAstral; en Nezahualcóyotl, surgen grupos como Poetas en Construcción, con Porfirio García Trejo; el ENTE (El Norte También Existe) y, más recientemente (aunque con sede en Metepec), Cofradía de Coyotes, impulsada por el prolífico necense Eduardo Villegas Guevara; Molino de Letras, en Texcoco, donde se distinguen Moisés Zurita, Rolando Rosas, Patricia Castillejos y Arturo Trejo Villafuerte.

Aunque la actividad del escritor se caracteriza por una extrema individualización, en el sistema literario mexiquense no ha faltado la promoción de diversas formas de relación gremial e intercambio intelectual, así como de creación de proyectos culturales y editoriales colectivos, ejemplo de los cuales serían las experiencias en materia de edición de libros, lanzamiento de publicaciones culturales y literarias, organización de ciclos de conferencias y presentación de obras, más la realización de encuentros de escritores, iniciativas impulsadas por la UEMAC, tunAstral, el CTE, Cofradía de Coyotes y por los autores agrupados alrededor de revistas como *La Comuna Girondo*,

4 En el marco de un encuentro de escritores realizado en mayo de 1984 bajo la conducción de la UEMAC, autores del Estado de México y de otras entidades de la república suscribieron la Declaración de Malinalco, que sería una primera reflexión gremial sobre el nuevo papel que habrían de desempeñar los autores mexiquenses.



con Dionicio Munguía, y *Molino de Letras en Texcoco*, entre otros.⁵ En este entorno, aun en los casos de los autores más herméticos, no deja de establecerse una relación personal o gremial con sus pares.

Se ha desarrollado también otro de los elementos apuntados por Antonio Candido: la aparición de públicos, que quizás sea el aspecto menos atendido. Sin embargo, tales públicos se hacen presentes en los espacios a los que acuden los autores para actividades como la lectura de su obra, en los festivales organizados por las instancias gubernamentales del área de cultura, y como lectores.

Otro factor que hay que considerar es la proliferación de talleres literarios, forma especializada de encuentro entre autores y lectores que posiblemente se conviertan en autores, integrados de igual manera en el sistema literario mexiquense. Por supuesto, están las obras. Decenas de ellas se han ido acumulando en tres décadas de desarrollo de este sistema literario, con niveles de calidad distinta, en muchos casos con propuestas estéticas valiosas.

Con base en lo anterior, se llegó a la fase de consolidación del sistema literario mexiquense con la confluencia de dos obras simbólicas: *Camada maldita*, de Alejandro Ariceaga, y *La agonía de la marmota*, de Alonso Guzmán, que aparecieron muy cerca en el tiempo —en sendas ediciones publicadas en 2002 y 2004, en el caso de Ariceaga, y en 2006 en el de Guzmán—.

La última obra de Alejandro Ariceaga y la primera de Alonso Guzmán significaron una propuesta literaria distinta, con una estética avanzada que, más que cerrar, abrió nuevos horizontes a la literatura del Estado de México. Habría que ver si dentro de la nómina de los escritores mexiquenses contemporáneos que ejercen su oficio en géneros distintos a la narrativa se cuenta con un autor de significación paralela a la de Alonso Guzmán, tema que por lo pronto sólo dejó esbozado.

En esta aún incipiente etapa de consolidación y específicamente

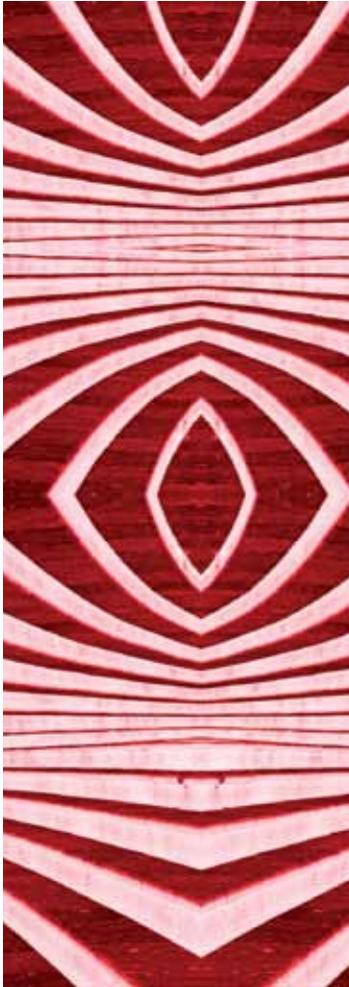
5 Participan en *Molino de Letras* los escritores Moisés Zurita Zafra y Rolando Rosas Galicia, compiladores de la antología de narrativa más incluyente en términos estatales, *La eterna noche de los tiempos. Narradores del Estado de México*, de 2006, en la que se presentan textos de una cantidad significativa de autores de las distintas regiones mexiquenses.

en lo que corresponde a la narrativa, añadido la presencia de un autor avecinado en Ecatepec, Hugo César Moreno Hernández, en cuyo libro, *Cuentos porno para apornar la semana* (2007), se percibe un comienzo y un asentamiento creativos similares a los de Guzmán, afirmación que también abarca a Laura Zúñiga Orta, de Atlacomulco, con su novela *No tiene nombre el paraíso* (2007). No parece exagerado afirmar que Guzmán, Moreno Hernández y Zúñiga Orta son representativos del momento actual del sistema literario mexiquense, así sea en la vertiente de la narrativa.

Expuesto lo anterior, y como posibles motivos de investigaciones posteriores, planteo los siguientes tópicos, primero desde un panorama general: la discusión sobre la validez de la idea de unidad dentro de la literatura mexiquense, de una mínima homogeneidad que permita identificar los puntos compartidos por aquéllos clasificables dentro esta literatura. Al respecto, estimo válido agrupar a distintas corrientes de escritores en apartados específicos, pero integradas, finalmente, en el conjunto del sistema literario mexiquense.

Es factible la agrupación generacional de algunos escritores, aunque habría que seguir tomando en cuenta el factor del entreveramiento de autores con una visión similar ante la literatura por el hecho de haber vivido





las experiencias propias de su tiempo –por ejemplo, haber atestiguado o protagonizado las diversas etapas de la liberalización de costumbres en la sociedad mexicana–.

Es notorio que la posible conformación de generaciones obedeció a condiciones distintas que provocaron diferencias según la región en la que se vivía. Esto se hace patente al verificar que las generaciones en la zona oriente no coinciden con las surgidas en el Valle de Toluca. La distancia entre ellas es real, a pesar de que se reduce cuando logra darse la articulación de autores determinados de una zona con los de la otra –me refiero a autores de Texcoco o de Nezahualcóyotl que

publican libros en las instancias editoriales del centro político del estado o que acuden a encuentros de escritores en el Valle de Toluca, y en el mismo sentido, autores de la zona centro que acuden a presentar sus obras no sólo en municipios de otras regiones de la entidad, sino también fuera de ella–.

Éste es un proceso dinámico, que por un lado forma parte de un esfuerzo colectivo, el de la profesionalización del escritor mexiquense, y por el otro está orientado por los intereses y capacidades de cada autor. Por lo mismo hay que revisar las respectivas evoluciones literarias, verificables en los libros que se han ido publicando.

Hay una cantidad importante de *opera prima*, que en ocasiones no rebasó tal condición, pero se registra una continuidad en la trayectoria de numerosos autores de la entidad que, ciertamente, bien pueden mostrar estancamientos creativos, también un desarrollo concreto, producto del aprendizaje a través de la escritura y de la lectura. En cualquier caso, forman el núcleo central del sistema los autores cuya escritura, concretada en publicaciones, sea de probada calidad en términos estéticos y literarios. Esto es, autores y obras que sean significativos dentro del desarrollo del sistema literario mexiquense.

El criterio mismo de la articulación dentro de este sistema literario contiene un matiz particular: el sentido de pertenencia a la literatura mexiquense. Me refiero a quienes, en actividades y propuestas diversas, han postulado o analizado la existencia de esta literatura y su pertenencia a ella. Se incluiría aquí a quienes, adicionalmente a su obra literaria, han creado, impulsado u organizado instituciones gubernamentales o civiles de fomento a la actividad literaria, lo mismo que han participado o apoyado a grupos o asociaciones con un objetivo análogo, de los varios que han funcionado o siguen funcionando en la entidad. Además, entran quienes en artículos, ensayos, reseñas o en discusiones en foros académicos han abordado temas alusivos a la literatura mexiquense desde una perspectiva crítica o cuando menos informativa.

Un segmento relevante de esta articulación se ha registrado a través del diálogo entre escritores, ya sea en público, en encuentros de índole gremial o en intercambios personales, que no por esta aparente volatilidad dejan de ser fundamentales, pues a través de muchas vías terminarán reflejándose en el ejercicio específico de escribir las obras que componen la literatura mexiquense.

Por último, referiré características específicas del género narrativo. Incluso cuando se ponen en relieve grandes diferencias

en cuanto a la selección o preferencia por determinados temas, a veces más o menos arraigados en una circunstancia regional, sobresale un registro similar para dar cuenta de los profundos cambios sufridos por la sociedad mexiquense, como resultado de la imparable urbanización de gran parte del territorio estatal durante la segunda mitad del siglo XX.

Esto resulta muy claro en la narrativa necense —es decir, de Nezahualcóyotl—, donde un propósito recurrente es el de contar cómo nació una nueva ciudad en lo que antes había sido un lago al final desecado. Hay una intención parecida en diversos narradores del Valle de Toluca, que aun cuando en apariencia cuentan con el referente del pasado toluqueño, no conceden tanta importancia a éste, sino que también brindan una visión sobre cómo, de muchas maneras, nació una nueva sociedad en una provincia que, en rigor, dejó de serlo.

Otra influencia temática compartida por los narradores mexiquenses, en mayor o menor grado, es la peculiar relación que se registra con la metrópoli. El tema aparece recurrentemente con personajes que lo mismo pueden desenvolverse en Toluca o Neza, que en la capital del país, aunque marcando señaladamente que se trata de una relación suburbial, derivada del secular centralismo que ha caracterizado a México. No obstante, recuérdese que hay varios escritores que nacieron o se criaron en la capital del país, lo que constituye una presencia con frecuencia evidenciada en su obra.

Por lo mismo, como otra coincidencia temática, se aprecia la recuperación de etapas de niñez y juventud en las narraciones de los autores mexiquenses, con ese añadido: el de la mezcla entre autores oriundos de alguna población del Estado de México con los autores inmigrantes, provenientes de diferentes estados de la república, el propio Distrito Federal entre ellos.

La mayor parte de los narradores mexiquenses han establecido en su escritura un vínculo directo con su realidad inmediata, si bien se registra además una diversidad de tendencias en la que caben narradores encuadrables en el género de lo fantástico o en el de la literatura erótica, en la policiaca —con las dificultades que implica lograr obras verosímiles en este género, en un país y un Estado donde la desconfianza hacia las corporaciones policiacas es endémica— o en una serie de obras que lindan con otra disciplina, la del periodismo, en la forma de cuentos que bien pueden leerse como crónicas, o al revés, crónicas que funcionan como cuentos, por resultar muy volátil la frontera que los divide.

Hago notar otra intención evidente en la mayor parte de

los narradores mexiquenses: su decisión de hacer literatura, sin adosarle etiquetas. Pondero una afirmación de Alejandro Ariceaga: “En muy pocos casos de autores del Estado se puede decir que se hayan regionalizado en su temática o en su factura” (Ariceaga, 1993, t. II: 3). Simplemente, se trata de un conjunto de autores que optó por escribir desde esta zona del planeta.

BIBLIOGRAFÍA

- Ariceaga, Alejandro (selec.) (1993), *Literatura del Estado de México. Cinco siglos. 1400-1900*, 2 tomos, Toluca, GEM-SECYBS.
- AA.VV. (2000), *Una bolsa de poemas llena de agujeros. tunAstral. Una revista de la tribu (1964-1965)*, Col. Esperpentos, Toluca, tunAstral-UAEM, No. 1.
- Candido, Antonio (2005), *Iniciación a la literatura brasileña (resumen para principiantes)*, México, UNAM.
- Monroy Herrera, Margarita (2010), *Una experiencia de promoción literaria: tunAstral 1991-2007. Memoria*, Toluca, Facultad de Humanidades de la UAEM.
- Ortiz, Arturo y Eduardo Villegas (comps.) (2008), *Primeros aullidos*, Metepec, Cofradía de Coyotes.
- Osorio, Eduardo (1990), *Batalla por el eco*, Toluca, CTE.
- Sánchez Arteche, Alfonso (1995), *Redes de la memoria (artículos, conferencias y presentaciones)*, Toluca, IMC.
- Sánchez Arteche, Alfonso (2000), “Modernidad y tradición de una vanguardia”, en AA.VV., *Una bolsa de poemas llena de agujeros. tunAstral. Una revista de la tribu (1964-1965)*, Col. Esperpentos, Toluca, tunAstral-UAEM, No. 1, pp. XIII-LXXV.
- Velázquez, Rosaluz (2005), *El cristal del color*, Col. tunAstralia, Toluca, tunAstral-CONACULTA-FONCA, N° 2 [selec. e introd. Roberto Fernández Iglesias].
- Zafra Zurita, Moisés y Rolando Rosas Galicia (2006), *La eterna noche de los tiempos. Narradores del Estado de México*, Toluca, IMC.